LAS LECCIONES DE LA POLÍTICA AGRÍCOLA CUBANA *

MICHEL GUTELMAN,
Institut des Hautes Études de L'Amérique Latine

EL INTERÉS particular que puede tener el hacer un estudio a grandes rasgos de la política económica y agrícola cubana, está en que su objeto es un país representativo de una situación que prevalece ampliamente en Latinoamérica, en lo que concierne las sujeciones internas y externas que pesan sobre la economía, y también en que esta representatividad constituye en muchos aspectos un caso límite. El primer aspecto autoriza ciertas generalizaciones, mientras que el segundo permite que en el estudio salgan a la luz los mecanismos socio-económicos cuyas manifestaciones en otros países aparecen más veladas, apagadas o disimuladas. El carácter representativo y "límite" es cierto tanto para unos aspectos del período prerrevolucionario como para otros del período actual.

Desde el punto de vista histórico, se puede periodizar esquemáticamente la evolución de la política económica y agrícola de la manera siguiente: antes de 1958, se aceptaban las fatalidades; entre 1958 y 1963 se sitúa la fase de industrialización intensiva y de diversificación agrícola; en ella se rechazaron las fatalidades pero también los hechos objetivos. En otros términos, durante ese período, no se tomaron en cuenta varios factores históricos o accidentales, que normalmente deberían de haber pesado sobre la orientación general del desarrollo económico. Finalmente, en un tercer período, que va de 1963 a nuestros días, los hechos ya van aceptándose; al tomarse en consideración los factores históricos se origina una nueva orientación general de la política económica. Es imposible examinar en el marco de este artículo todos los aspectos detallados de la política agrícola cubana; aquí nos limitaremos al estudio de los factores que determinan, en cada período, las elecciones y los ejes esenciales del desarrollo. Por consiguiente dejamos deliberadamente de lado, en este artículo, los problemas que plantean los cambios de estructura fundamental y los relacionados con la planificación y la gestión de la agricultura.

En primer lugar, examinemos los factores que en los veinte años anteriores a la Revolución pesaron de modo determinante sobre las opciones económicas principales de Cuba. Dentro de un conjunto muy

* Los materiales que se utilizan en este artículo están tomados del libro del autor, de inminente publicación en lengua francesa: *Des milliards de paysans*, Seides, Colección Futurable, París.

amplio destacan claramente dos factores esenciales: los mecanismos de la monoproducción automantenida y el sistema de acuerdos comerciales y aduaneros en los que se insertaba el país.

Para ser exacto, no se debería utilizar el término de monoproducción al hablar de Cuba. Se practicaban muchos cultivos pero varios existían en pequeña escala y de manera local. En lo que se refiere al valor, un número reducido de producciones, cuatro o cinco (caña, tabaco, arroz, tubérculos), representaba la mayor parte del producto agrícola interno. Pero a eso no se le puede llamar monoproducción. En cambio, si se considera el valor exterior de la producción agrícola, se advierte que un solo producto, el azúcar, ha representado siempre por lo menos el 80 por ciento del valor de las exportaciones, no sólo agrícolas, sino de las exportaciones totales del país. Debe tenerse en cuenta el bajo grado de industrialización y por lo tanto lo mucho que se depende del exterior para el abastecimiento en mercancías de origen industrial. Se ve pues que en realidad la capacidad de exportación y la capacidad de importación se confunden y dependen esencialmente de un solo producto. Era por lo tanto una situación extrema, incluso en Latinoamérica.

Ante tal situación de dependencia, debe examinarse cuidadosamente la orientación geográfica del comercio exterior del país. Desde 1928 hasta 1958, es decir durante treinta años, del 50 al 90 por ciento de las exportaciones azucareras fueron dirigidas hacia Estados Unidos. Se puede afirmar *a priori* que tal situación genera un fenómeno de dominio económico de tipo monopsómico del país comprador sobre el país vendedor. Sin embargo, si se examina la evolución de las exportaciones azucareras hacia Estados Unidos, se ve que disminuyen constantemente sus compras de azúcar a Cuba, sobre todo después de la primera Guerra Mundial. A partir de esa época, la parte de Estados Unidos en las exportaciones de Cuba se aleja cada vez más del 90 por ciento y se acerca más y más al 50 por ciento. A primera vista parece como si la diversificación de los mercados para el azúcar cubano acarrearía una dependencia mayor para Cuba, sobre todo para escoger su política económica. En realidad el mecanismo muy peculiar del mercado mundial azucarero que interviene en dicha situación falsea ese análisis.

El mercado azucarero está dividido en dos compartimientos muy diferenciados: el mercado preferente y el mercado libre. En los mercados preferentes, las ventas y compras se hacen en el marco de acuerdos bilaterales y los precios son superiores a los del mercado libre. Las ventas de azúcar de Cuba a Estados Unidos han tenido por ello siempre un precio superior en un 35 ó 40 por ciento a los precios que prevalecían en los mercados libres. El mercado libre es un mercado residual sometido a amplias fluctuaciones de precio por culpa de la rigidez relativa de la demanda frente a las fluctuaciones de la oferta.

En esas condiciones, los problemas que se planteaban para determinar el monto global del crédito de las exportaciones, no sólo están ligados a los niveles de los precios de ambos mercados, sino también a las

variaciones de las cantidades compradas en cada uno de esos mercados. Basta pues que un comprador de una parte importante de la producción de un país decida de un año a otro cambiar el volumen de sus compras en el marco de los acuerdos bilaterales, para que el país productor (con la misma producción) esté obligado a verter cantidades importantes en el mercado libre. Al hacer esto, si la oferta es fuerte, los precios tienden a bajar en ese mercado tan sensible y no tardan en influir sobre el nivel de los precios del mercado preferente.

En el caso cubano, las variaciones de la demanda de Estados Unidos en el mercado de acuerdos bilaterales han obligado siempre a Cuba a verter en el mercado libre cantidades lo suficientemente grandes para hacer variar los precios. Dos cifras son demostrativas: una variación del 6 por ciento de las compras americanas de un año a otro hace que los precios bajen de 10 a 12 por ciento en los mercados mundiales —con una producción igual. Esta situación se origina en el hecho de que Cuba es el primer exportador mundial de azúcar y de que su oferta basta para hacer variar los precios. Esta comprobación es importante. Demuestra que existe una amenaza constante para un país que depende de un mercado muy sensible. Se trata a la vez de la amenaza de la deterioración de los términos de intercambio y de las variaciones del volumen de las compras con precios preferentes ya que éstos determinan prácticamente el monto global del rédito de las exportaciones totales del azúcar en un año determinado. Por consiguiente, para saber dónde está el centro de decisión en materia de política azucarera, basta con conocer cómo se decide el monto de las compras preferenciales. Estas decisiones las tomaba cada año el Congreso de Estados Unidos en virtud de la ley sobre las cuotas. Por lo tanto Cuba no controlaba uno de los determinantes esenciales del rédito global de la economía cubana.

Veamos ahora cómo estaban organizadas las relaciones comerciales y aduaneras de Cuba. Estaban regidas, sobre todo en lo que concierne a Estados Unidos, por unos acuerdos internacionales: el primero de 1904, después de la independencia; el segundo, llamado acuerdo de reciprocidad, en 1933; y el último, llamado del GATT, firmado en La Habana en 1948. En seguida vamos a exponer las características fundamentales de este tercer acuerdo.

Había una falta total de protección aduanera para Cuba, mientras que las exportaciones americanas encontraban allí un terreno vedado a todos menos a ellas. Tres cifras bastan para demostrarlo, 587 productos americanos, o sea el 81 por ciento de las exportaciones de Estados Unidos hacia Cuba, podían entrar casi con exención de derechos. En cambio sólo 52 productos cubanos, el 6 por ciento de las exportaciones de Cuba hacia Estados Unidos, podían entrar libremente. Naturalmente, se excluía el azúcar. Cuba había podido establecer una protección aduanera sólo para el 7 por ciento de sus propias producciones, que dependían de empresas en las que dominaba el capital norteamericano. En esas condiciones, Cuba protegía en el interior productores norteamericanos con-

tra otros productores de la misma nacionalidad. Estas medidas abrían ampliamente el mercado cubano a los exportadores de Estados Unidos y otras medidas muy proteccionistas lo cerraban casi totalmente a los exportadores europeos.

Pensamos que esta situación y los mecanismos de los precios son los dos elementos esenciales que explican la naturaleza de la política económica de la Isla antes de la Revolución y sobre todo los motivos profundos del bloqueo del desarrollo económico de Cuba.

En efecto, los ingresos de la mayoría de la población estaban directa o indirectamente ligados a la situación del sector azucarero. Las fluctuaciones de los cursos y de las cantidades compradas provocaban una inestabilidad extrema del mercado interior cubano y de la demanda solvente de la población. Esta situación desalentaba las inversiones en las industrias de transformación e incluso las producciones agrícolas. Por otra parte, el inversionista atrevido que arriesgaba las limitaciones y la inestabilidad del mercado, se topaba inmediatamente con la carencia de protección y la competencia de los productos de Estados Unidos. Ya que los procesos de desarrollo, durante el período de "arranque", necesitan un mínimo de protección, Cuba tenía pocas posibilidades; no se invertía en el sector agrícola ni en el sector industrial; la monoproducción azucarera se volvía así su propia causa. Si bien se dice que "bastaría" con producir otra cosa para salir de la monoproducción, hay que ver cuáles son los factores extratécnicos que impiden que se produzca otra cosa.

En el caso cubano, se ve, pues, que los determinantes esenciales de la política económica —es decir las cuotas fijadas anualmente por el Congreso y los acuerdos de comercio no modificables unilateralmente ya que se trataba de acuerdos internacionales— no estaban en manos de los que deberían de haberla definido. Al mismo tiempo, debe advertirse que las sedicentes "leyes ciegas del mercado" quizás no lo son tanto como se pretende, puesto que en realidad dependen en gran parte de las decisiones políticas conscientes de un Congreso que puede fijar de manera unilateral los volúmenes y los precios de las compras preferentes. Finalmente se comprueba que la afirmación según la cual la falta de capitales es uno de los factores esenciales que explican la ausencia de dinamismo en el desarrollo económico general o agrícola, no es exacta. De todos modos, en Cuba no faltaban capitales; los había, pero las condiciones del mercado interior eran tales que los poseedores de los capitales no tenían ningún interés en invertirlos en sectores que constantemente parecía que iban a ser ahogados y que, desgraciadamente, eran los sectores productivos. Por el contrario, invertían en sectores productivos desde su punto de vista, pero no desde un punto de vista social, como, por ejemplo, el turismo y los bancos norteamericanos. En resumen, los capitales existentes eran desviados de una utilización productiva, no por maldad o por falta de interés, sino a causa del funcionamiento del mercado que, en este caso específico, disociaba claramente el interés privado del interés social.

Al examinar el caso cubano también se puede comprobar cómo el mecanismo de la monoproducción automantenida es la base fundamental del estancamiento e incluso del descenso del nivel de vida. En la proporción en que las exportaciones preferentes cubanas estaban limitadas, debía limitarse automáticamente el volumen global de la producción. Si, por ejemplo, se hubiera querido producir tres o cuatro millones de toneladas suplementarias, éstas tendrían que haber sido lanzadas al mercado libre con el subsecuente hundimiento de los precios; lo que iba en contra del interés inmediato dado que la consecuencia final hubiese sido una disminución global de los ingresos de exportación. El mecanismo de las cuotas frenaba y bloqueaba en última instancia las posibilidades de desarrollo de la propia producción azucarera. Por ello Cuba producía tanto en 1958 como en 1928 unos 5 millones de toneladas, mientras que la población aumentaba mucho entre esos años y que el azúcar seguía representando el 80 por ciento de la capacidad de importación del país. No es difícil imaginar que en tales condiciones el nivel de vida tendía a bajar y que los años 28 se conocían como los de las "vacas gordas".

Merece la pena señalar finalmente que este mecanismo de dominación económica no puede mantenerse sin la existencia en el plano político de un gobierno entregado a los intereses del país dominante y que se empeña de manera constante en la conservación de las condiciones políticas sociales favorables al mantenimiento de esta situación. Cuando las consecuencias de esta situación son graves desde un punto de vista social, como lo eran en el caso de Cuba, es natural que estos gobiernos sean difícilmente democráticos, incluso en lo que se refiere a su forma. No se puede por lo tanto, como se ha hecho frecuentemente, separar las condiciones de la política agrícola y de la política económica vista en conjunto de las condiciones generales de la política en el sentido corriente de la palabra. En última instancia, la política agrícola no es más que un aspecto particular de una política general.

Inmediatamente después de la toma del poder, el gobierno revolucionario suprimió las condiciones económicas que institucionalizaban el subdesarrollo. De modo particular, desde un principio asió de manera directa y exclusiva las palancas de la política económica y agrícola, y hubo opciones en el campo del desarrollo para llegar a la industrialización y a la diversificación de la producción agrícola. A primera vista estas opciones parecían lógicas: la industrialización es una aspiración común y justificada —en términos generales— de los países del Tercer Mundo, y la diversificación agrícola buscaba la supresión de la dependencia de un solo producto en que estaba Cuba.

La política agrícola se apoyó en el siguiente principio fundamental: se debían sustituir las importaciones de los productos agrícolas por una producción nacional y, además, se debían aumentar y diversificar las exportaciones. Pero por encima de estas exigencias de principio que motivaban la política de diversificación, hubo factores objetivos que obligaron

a la dirección revolucionaria a llevar esta diversificación más allá de lo que se antojaba deseable. Tres factores contribuyeron a "forzar" la diversificación.

En primer lugar, poco después de la toma del poder, la economía del país sufrió una presión monetaria considerable. La eliminación rápida del desempleo y el aumento nominal de los salarios acrecentaron la masa salarial. Por otro lado, algunas reformas sociales permitieron el desplazamiento de la demanda de los particulares expresada en términos monetarios: por ejemplo, cuando las rentas de las casas fueron disminuidas en un 50 por ciento, cuando se disminuyó en un 80 por ciento el precio de algunos servicios públicos como el teléfono, el transporte, etc., una masa monetaria importante quedó disponible para dirigirse a otros sectores de la economía. En un país subdesarrollado como Cuba, donde el nivel de consumo es bajo, la elasticidad de la demanda para los productos agrícolas es muy grande, especialmente para la carne, la leche, etc. Por ello, la demanda suplementaria se dirigió principalmente hacia el sector de la producción agrícola que padeció una presión monetaria importante. Fue necesario, pues, congelar los precios e instituir el racionamiento. Mas debe notarse que, para algunos productos, la oferta global racionada era superior, como consecuencia de los aumentos parciales de la producción, a la anterior a la Revolución. En otros términos, antes de 1958, el racionamiento se hacía mediante los precios y los bajos ingresos de la mayoría de la población, mientras que después se organizó administrativamente. El reparto resultó, naturalmente, mucho más igualitario. Puede concebirse, sin embargo, que ese factor tuvo un gran efecto psicológico que llevó a aumentar la producción y la diversificación.

El segundo factor que contribuyó a la diversificación fue el bloqueo económico. Obligó a la introducción de nuevos cultivos a un ritmo y en una extensión mucho mayores de lo que se hubiera deseado. Por ejemplo, antes de la Revolución el consumo cubano de oleaginosos sólo en un 10 por ciento era cubierto por la producción nacional. El otro 90 por ciento provenía casi totalmente de Estados Unidos. En una semana, y no se trataba de una cláusula de estilo sino de una realidad vivida, el 90 por ciento de la oferta de grasas desapareció en Cuba. Una penuria tal, sólo podía producirse porque en Cuba jamás se pensó en constituir reservas, puesto que los exportadores estaban al alcance de una llamada telefónica y podían satisfacer la demanda con toda celeridad. Para enfrentarse a este problema el gobierno revolucionario no tenía más remedio que poner en marcha grandes planes de producción interna. Esto debía hacerse extensivo a muchos productos de origen agrícola, puesto que el 30 por ciento de las importaciones cubanas antes de la Revolución estaba constituido por productos agrícolas que en su mayoría venían de Estados Unidos.

El último factor que contribuyó a propagar la diversificación fue la creación de una industria de transformación. Esta industria, nacida de la política de industrialización, creó rápidamente una demanda impor-

tante para la agricultura, sobre todo en lo que se refería a las fibras. Esta demanda sólo difícilmente podía satisfacerse por las importaciones, dado el bloqueo y la escasez de divisas, y llevó al establecimiento de nuevos planes de diversificación. Puede citarse el algodón, como caso particular de crecimiento entre 1961 y 1963.

Todas estas razones ya estén fundadas en principios, ya sean objetivas, llevaron a la introducción rápida y masiva de nuevos cultivos o de cultivos poco conocidos en Cuba. Además obligaron a extenderse mucho a antiguos cultivos que antes se hacían sólo en pequeña escala.

No se debe olvidar que junto con este esfuerzo de diversificación se llevaba a cabo una intensa política de industrialización. Sin ser una prioridad en el sentido que se le dio en la Unión Soviética, esta política de industrialización representó entre 1960 y 1963 un esfuerzo colosal. Durante este período se hicieron en Cuba inversiones por valor de 850 millones de dólares, que representan aproximadamente el monto total de las inversiones americanas hechas en el mismo país durante 50 años.

Los resultados de esta política de industrialización inmediata y de profunda diversificación agrícola simultáneas, sin ser totalmente negativas, sino más bien lo contrario, no fueron, sin embargo, lo que se esperaba. En 1963 los propios dirigentes cubanos reconocieron que la situación económica no era buena. En lo que se refiere a la industria, una serie de factores que no habían sido previstos surgieron y disminuyeron el interés de esta política. En general, como consecuencia de la ausencia de una infraestructura industrial básica, la tasa de sustitución de las importaciones, objetivo fundamental atribuido a la política de industrialización, era muy baja. El valor añadido por cada industria cubana era irrisorio; por ejemplo, se importaba alambre que se transformaba en alambre de púas.

En realidad, la política de industrialización, que por necesidad se había concebido de manera implícita como una política marcadamente autárquica, padecía de su dispersión.

En lo que se refiere a la política de diversificación agrícola, las razones del fracaso relativo ¹ deben buscarse en el peso del pasado. Se puede asegurar que la sedimentación durante años de deformaciones estructurales de la economía cubana, orientada hacia la monoproducción y el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, son los factores que explican esencialmente las dificultades con que tropezó la diversificación. De manera concreta, el peso del pasado significa una cruel ausencia de cuadros (de los 300 agrónomos que trabajaban en el país en 1959, 270 aproximadamente se fueron con las empresas americanas con las que trabajaban), su formación centrada sobre todo en la industria azucarera, la falta de una mentalidad técnica entre los campesinos, que permitiera pasar del monocultivo a la diversificación. Finalmente, debe añadirse la

¹ Para apreciar correctamente los resultados de este período deben tenerse en cuenta los inmensos progresos alcanzados en la educación, en la salubridad pública y las transferencias masivas en favor del campesinado.

infraestructura económica y técnica de la agricultura casi deformada por la producción azucarera y, además, de origen casi exclusivamente norteamericano. Todos estos factores explican las dificultades que tuvo el gobierno cubano revolucionario para reorientar el comercio exterior después de haber tomado el poder y para transformar, con ayuda de los países socialistas, toda la tecnología de la agricultura.

En el sector industrial el peso del pasado se manifestaba sobre todo por una ausencia total de ingenieros, de técnicos de nivel medio, y también por el peso de una tecnología que súbitamente debía transformarse. A estas razones estructurales que frenaban la industrialización y dificultaban alcanzar una diversificación avanzada deben añadirse razones no económicas y no técnicas que no deben ser ignoradas, aunque ésta sea la tendencia. Cuba fue y es un país en pie de guerra. De 1959 a 1963 hubo todos los años por lo menos una movilización general. En 1958, es la toma del poder; en 1959, la lucha contra los movimientos de oposición más o menos armada que por entonces se desarrolla y contra la invasión de un grupo de dominicanos; en 1960 es la movilización para bloquear la contrarrevolución interna; en 1961, la movilización para detener el desembarco de Playa Girón; en 1962, crisis de los misiles; y en 1963 desembarco de Menoyo al frente de una guerrilla contrarrevolucionaria que obligó a movilizar en plena zafra a todo el país durante tres semanas. Estos factores no pueden ser soslayados cuando se examinan los resultados de la producción interna. También deben tomarse en cuenta algunos factores climáticos desfavorables. En Cuba el año 1961 fue el de la mayor sequía en el último medio siglo; en 1963, el ciclón "Flora", que mató a más de 1 200 personas, afectó a toda la provincia de Oriente, que es la región agrícola por excelencia.

A todos estos factores venían a añadirse los errores técnicos de la dirección revolucionaria y serias deficiencias en el sistema de planificación.

Durante los años 1962-1963, con ayuda de la experiencia, los dirigentes cubanos llegaron a la conclusión de que no era realista querer superar de un solo salto todo el subdesarrollo industrializando a ultranza y diversificando más allá de ciertos límites. Debía tomarse en cuenta el pasado en las decisiones de política económica. De hecho, se comprobó que el paso al poder socialista sólo suprimía las condiciones institucionales y políticas que impedían el desarrollo, pero que de ninguna manera lo garantizaban y menos aún hacía de él algo automático. Debían tenerse presentes las resistencias de todo tipo y debían elegirse con cuidado los ejes principales de desarrollo, siguiendo lo que se podría llamar "las tendencias que ofrecían una menor resistencia al desarrollo". El esfuerzo de reflexión y de crítica terminaría en 1963 con el lanzamiento de una nueva política económica y especialmente de una nueva política agrícola.

El grito de alarma había sido dado en el Ministerio de Comercio Exterior que veía el inicio de una seria crisis de divisas. Contrariamente a lo previsto, las exportaciones de productos agrícolas no habían aumen-

tado y por lo tanto la capacidad de importación se mantenía estacionaria o disminuía, pues estaba aun ligada de manera fundamental a la exportación azucarera. A partir de ese momento se llevaron a cabo una serie de estudios técnico económicos. Su objetivo esencial e inicial era estudiar la rentabilidad del comercio exterior, punto sensible de la economía cubana, tradicionalmente dependiente del exterior. En grandes rasgos se trataba de hacer cálculos comparativos para saber, en términos de valor interno y externo, si era oportuno seguir produciendo en Cuba tal o cual producto que podía ser importado. El objetivo de estos cálculos era el mostrar en qué medida se debía o no se debía mantener la tendencia autárquica en el proceso de diversificación.

Estos cálculos arrojaron resultados sorprendentes a primera vista. Arrojaron un orden de prioridades en las producciones agrícolas que, en términos generales, no era más que una copia del sistema agrícola anterior a la Revolución. Es decir, las producciones más rentables eran el azúcar, el tabaco, el café, la ganadería, la fruta y los productos que no se encontraban en el mercado mundial. Se estaba en un círculo vicioso y era normal que así se estuviera, porque, una vez más, en última instancia, este orden de prioridades no reflejaba sino el peso del pasado. En el terreno de los principios, sin embargo, tal situación era desesperante: ¿había que plegarse a las leyes del mercado mundial dominado por las potencias imperialistas? Es más o menos en esos términos como se planteó el problema de las opciones en 1963. Un factor, de hecho, vino a trastornar esta problemática.

A la par que se estudiaba el orden de prioridades en las producciones que debían mantenerse en Cuba, se verificaban discusiones muy importantes con los países socialistas, y en especial con la Unión Soviética. Estas discusiones culminaron en la firma, con este último país, en enero de 1964, de un acuerdo comercial único en su género hasta hoy. Este acuerdo preveía la compra por parte de la Unión Soviética de la producción azucarera cubana en condiciones completamente diferentes de las que prevalecían en los mercados preferentes y en los mercados libres antes de la Revolución. En primer lugar, el precio de compra se fijaba de una vez para siempre en 6 centavos de dólar la libra y, sobre todo, las compras se planificaban para 6 años. El acuerdo cubría cantidades importantes puesto que Cuba iba a vender en 1970, 5 millones de toneladas de azúcar a la Unión Soviética (la cantidad total del azúcar comercializada en el mundo es de unos 20 millones de toneladas). Este tipo de tratado comercial es prácticamente el que quieren obtener todos los países subdesarrollados monocultores —aunque hasta hoy no lo han logrado.

Acuerdos similares habían sido firmados con otros países socialistas y lograban asegurarle a Cuba la colocación a precio fijo de 7 millones de toneladas para 1970, es decir, más que los promedios históricos, no sólo de exportación, sino de producción.

Las consecuencias prácticas para la estabilidad y el desarrollo económico cubano de estos acuerdos eran considerables. Se podían elaborar

una nueva política económica y una nueva política agrícola sobre la base de una capacidad de importación planificada para un período de 6 años y con el apoyo de los estudios de prioridades. Sus líneas generales son a partir de ese momento: la industrialización y la diversificación de las producciones permanecen siempre como el objetivo general; pero ya no se trata de diversificar de inmediato ni en todos los campos simultáneamente. Para las ramas no ligadas a la agricultura, hacia arriba o hacia abajo, la industrialización queda aplazada hasta 1970. Excepto, claro está, los proyectos ya iniciados y que no se pueden abandonar sin daño para la economía cubana. De este modo, los proyectos de desarrollo de la siderurgia, de producción de níquel, etc., son aplazados para un segundo período. El objetivo actual, inmediato, es el desarrollo de la producción agrícola tanto para la alimentación interna como para la exportación. Esta producción agrícola, especialmente la que va destinada a la exportación, será la fuente fundamental de acumulación sobre cuya base no se desarrollará la industrialización posterior. Se hará un esfuerzo especial sobre las producciones agrícolas más rentables, de acuerdo con los estudios sobre prioridades, mas hoy teniendo en cuenta los acuerdos con los países socialistas y sin que deban tomarse en consideración las leyes del mercado internacional.

El pilar fundamental de esta nueva política económica es la producción azucarera. Ésta llega realmente a ser, a través del comercio exterior, el sector número uno de la economía cubana. Para decirlo de manera esquemática, Cuba va a producir sus bienes de acumulación de origen industrial en los países socialistas y éstos vendrán a producir su azúcar y otros productos tropicales en Cuba. En una primera fase, los ingresos de importación obtenidos por medio de este sistema, le permitirán a Cuba acumular en el propio sector agrícola y poder obtener con ello los volúmenes de producción planificados. Será después de 1970 cuando se hagan inversiones en los sectores industriales no ligados a la agricultura.

Esta estrategia general del desarrollo basada en la necesidad de aceptar los hechos históricos, se traduce en planes concretos de distintas prioridades. Resulta así que el primer plan es el de la producción azucarera, el segundo el de la producción alimenticia y el cuarto el de la producción de tabaco, café y frutas tropicales. Finalmente, un plan particular de desarrollo de la industria, ligado estrechamente a la agricultura, está en marcha.

¿Cuáles han sido los resultados hasta ahora obtenidos y los previsibles de esta nueva estrategia económica? ¿Qué se puede pensar de su lógica interna? El considerable esfuerzo de inversión que se ha hecho en favor de la agricultura permite pensar que ésta será la más moderna de América dentro de 5 a 10 años. Los primeros frutos de esta política son alentadores: en los años 1965, 1966 y 1967, la producción agrícola cubana ha recuperado sus niveles históricos. En lo que se refiere a la caña de azúcar —cultivo prioritario— el salto ha sido de importancia

puesto que se llegó a los 6 millones de toneladas desde 1965. Es cierto, por lo demás, que esta cifra no será superada en 1968 debido a factores climáticos adversos en la provincia de Oriente (sequía). Debe compararse esta cifra con los 5 millones que se producían en promedio durante los 10 años anteriores a la Revolución. La producción de ganado aumenta de manera muy regular y en algunos sectores ha hecho progresos espectaculares. Finalmente, la producción de fruta y de tabaco también progresa. La producción agrícola destinada a la alimentación sólo avanza lentamente o incluso se mantiene en los niveles anteriores. Naturalmente, para juzgar estos resultados, no debería olvidarse el extraordinario esfuerzo de acumulación que hoy se lleva a cabo en la agricultura cubana. Puede incluso pensarse que en cierto modo este esfuerzo resulta desmedido, pero de todos modos es el precio que debe pagarse para salir del subdesarrollo. Ese precio se convierte en una subida relativamente lenta del nivel de vida, sobre todo si se mira al consumo de bienes de origen industrial. No se debe juzgar la situación actual en forma sumaria y superficial a través de la "canasta de bienes". Con ello se preparan sorpresas en los próximos cinco o diez años, análogas a las que en el transcurso de la segunda Guerra Mundial sufrió el mundo occidental al revelársele la potencia económica de la Unión Soviética. Por lo demás, está permitido preguntarse sobre la dependencia que del mundo socialista, y especialmente de la Unión Soviética, acarrea esta política. Sería absurdo negarla. Pero conviene no equivocarse sobre sus efectos reales. Era inevitable si no se quería caer otra vez en el surco de los mercados internacionales; su naturaleza es diferente de la existente antes de la Revolución, puesto que contrariamente a ésta, permite una gran acumulación y crea así las bases de su propia y progresiva desaparición. Finalmente, dependencia económica no implica de ninguna manera dependencia política. Se puede afirmar paradójicamente que en la debilidad económica de Cuba radica su fuerza política de negociaciones con los países socialistas. Un abandono, en las circunstancias actuales, se antoja inconcebible desde un punto de vista político, puesto que significaría, sin términos medios posibles, el ahogo de la primera revolución socialista del continente americano. En el caso hipotético de que esto sucediera, el problema cubano sería secundario frente al nuevo período histórico que tal medida inauguraría.

Traducción: PAULE SEGOVIA